

JOEL C.

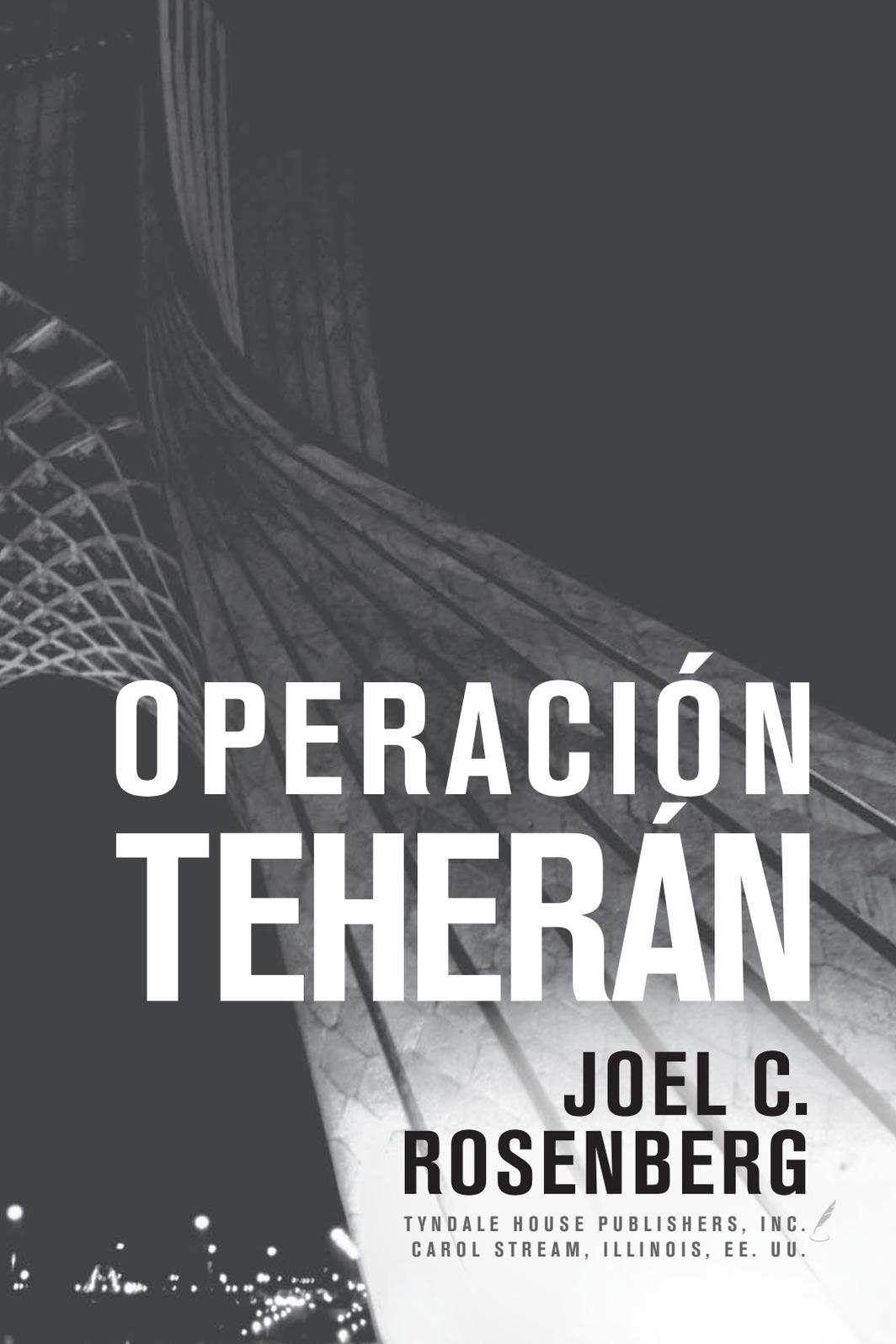
AUTOR DE ÉXITO DEL *NEW YORK TIMES*

ROSENBERG

OPERACIÓN
TEHERÁN

UNA NOVELA

OPERACIÓN TEHERÁN



OPERACIÓN TEHERÁN

**JOEL C.
ROSENBERG**

TYNDALE HOUSE PUBLISHERS, INC. 
CAROL STREAM, ILLINOIS, EE. UU.

Visite Tyndale en Internet: www.tyndaleespanol.com y www.BibliaNTV.com.

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc. *TYNDALE* and Tyndale's quill logo are registered trademarks of Tyndale House Publishers, Inc.

Operación Teberán

© 2012 por Joel C. Rosenberg. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en 2011 como *The Tebran Initiative* por Tyndale House Publishers, Inc., con ISBN 978-1-4143-1935-3.

Fotografía de la portada © por Tibor Bognar/Photononstop/Photolibrary. Todos los derechos reservados.

Fotografía del autor © 2005 por Joel Rosenberg. Todos los derechos reservados.

Diseño: Dean H. Renninger

Traducción al español: Mayra Urizar de Ramírez

Edición del español: Mafalda E. Novella

Algunos versículos bíblicos y palabras de Jesús han sido tomados o adaptados de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o son usados de manera ficticia. Cualquier semejanza con actuales situaciones, lugares, organizaciones o personas vivientes o fallecidas es accidental y fuera de la intención del autor o de la casa editorial.

ISBN 978-1-4143-1937-7

Impreso en Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

18 17 16 15 14 13 12
7 6 5 4 3 2 1

*A todos nuestros amigos de Irán y el Medio Oriente
que anhelan ser libres.*

NOTA DEL AUTOR

*Teherán, Irán, tiene hora y media de adelanto con respecto
a Jerusalén, y ocho horas y media con respecto
a Nueva York y a Washington, DC.*

REPARTO DE PERSONAJES

ESTADOUNIDENSES

David Shirazi (alias Reza Tabrizi)—oficial de campo, Agencia Central de Inteligencia

Marseille Harper—amiga de niñez de David Shirazi; hija del agente Charlie Harper

Jack Zalinsky—agente principal, Agencia Central de Inteligencia

Eva Fisher—oficial de campo, Agencia Central de Inteligencia

Roger Allen—director, Agencia Central de Inteligencia

Tom Murray—subdirector de operaciones, Agencia Central de Inteligencia

Dr. Mohammad Shirazi—cardiólogo, padre de David Shirazi

Nasreen Shirazi—madre de David Shirazi

William Jackson—presidente de Estados Unidos

Mike Bruner—agente del Servicio Secreto, asignado al presidente Jackson

IRANÍES

- Dr. Alireza Birjandi**—erudito preeminente de escatología islámica chiíta
- Najjar Malik**—ex físico, Organización de Energía Atómica de Irán
- Javad Nouri**—principal asistente gubernamental
- Ayatolá Hamid Hosseini**—Líder Supremo
- Ahmed Darazi**—presidente de Irán
- Jalal Zandi**—físico nuclear
- Firouz Nouri**—líder de una célula terrorista iraní
- Rahim Yazidi**—miembro de la célula de Firouz Nouri
- Navid Yazidi**—miembro de la célula de Firouz Nouri
- Ali Faridzadeh**—ministro de defensa
- Mohsen Jazini**—comandante del Cuerpo de la Guardia Revolucionaria Iraní
- Dr. Mohammed Saddaji**—físico nuclear (fallecido)

ISRAELÍES

- Aser Neftalí**—primer ministro de Israel
- Leví Shimon**—ministro de defensa
- Capitán Avi Yaron**—comandante, escuadrón de la Fuerza Aérea Israelí
- Capitán Yossi Yaron**—comandante, escuadrón de la Fuerza Aérea Israelí

OTROS

- Muhammad Ibn Hasan Ibn Ali**—el Duodécimo Imán
- Tariq Khan**—físico nuclear paquistaní, emplazado en Irán
- Iskander Farooq**—presidente de Paquistán
- Abdel Mohammad Ramzy**—presidente de Egipto

PREFACIO

DE EL DUODÉCIMO IMÁN

TEHERÁN, IRÁN
MARTES, 1 DE MARZO

David Shirazi se preguntó si lograrían llegar al refugio en Karaj.

Mientras avanzaba lentamente hacia la Plaza Azadi en Teherán con una gran congestión de tránsito, vio las luces intermitentes de autos de policías adelante de él. A pesar del zumbido de los *jumbo jet* y de los aviones de carga que aterrizaban en el Aeropuerto Internacional de Mehrabad, podía escuchar las sirenas que se acercaban. A su lado estaba sentado el doctor Najjar Malik, el científico nuclear más destacado de la República Islámica de Irán y el desertor más valioso para la Agencia Central de Inteligencia de una generación.

—Están instalando un control de carretera —dijo David.

Najjar se puso tenso.

—Entonces tenemos que salir de este camino.

David estuvo de acuerdo. El problema era que cada calle lateral de allí a la plaza estaba llena de cientos de conductores, que también trataban de salir del atascamiento vehicular.

—Vamos a tener que deshacernos de este auto.

—¿Por qué? ¿Para qué?

—En el momento en que un oficial de policía ingrese estas placas, va a aparecer su nombre. No vamos a querer estar en el auto cuando esto ocurra.

Sin ninguna advertencia, David giró el volante fuertemente hacia la derecha. Atravesó velozmente por dos filas de tránsito, ocasionando que una ola de conductores enojados sonaran sus bocinas.

Bajo ninguna circunstancia podía permitirse que lo atraparan, o que lo implicaran en la extracción de Najjar del país. Cualquiera de las dos cosas echaría a perder su identidad ficticia y comprometería todo el trabajo que había hecho. El círculo íntimo del Duodécimo Imán dejaría de usar los nuevos teléfonos satelitales que acababa de proporcionarles. Los equipos técnicos de MDS serían expulsados del país. El esfuerzo multimillonario de la CIA para penetrar en el régimen de Irán se echaría a perder. Y dado que Irán ya tenía la Bomba, la CIA necesitaba cualquier ventaja que pudiera obtener.

David oyó una sirena detrás de ellos. Maldijo cuando miró por el retrovisor y vio las luces intermitentes, como diez autos atrás. Pensó que una patrulla de la policía había observado su salida rápida y descuidada del Camino Azadi y habían sospechado de él. Najjar, más tranquilo de lo que David habría esperado bajo las circunstancias, inclinó la cabeza y comenzó a orar. David admiraba su valor. Mientras las cosas se ponían peor, más calmado estaba el hombre.

La sirena y las luces intermitentes se acercaban. David giró el volante, saltó el bordillo, sacó el auto de Najjar de la calle congestionada y, sobre la acera, presionó el acelerador. Los peatones comenzaron a gritar y a quitarse del camino, a medida que David se abría paso por los basureros. La patrulla de policía quedó atrás, y David se permitió sonreír.

Sin embargo, el escape fue momentáneo. Cuando llegaron a la Calle Qalani y giró bruscamente a la izquierda, otra patrulla de policía lo esperaba. David zigzagueó en el tránsito, pero a pesar de pasar volando por los semáforos, estaba perdiendo terreno continuamente. Najjar ya no estaba orando. Estaba estirando el cuello para ver qué pasaba detrás de ellos y apremiaba a David para que fuera más rápido. El camino adelante estaba llegando a su fin. David le sugirió a Najjar que se agarrara de la manija de la puerta y que se preparara para el impacto.

“¿Por qué?” preguntó Najjar en el último momento. “¿Qué va a hacer?”

David no respondió la pregunta. En lugar de eso, frenó brusca-

mente y giró el volante fuertemente hacia la derecha, lo que envió el auto rechinando y girando entre cuatro filas de tránsito.

Chocaron dos veces. Primero con la misma patrulla de policía. Después con un camión de entrega que iba hacia el sur y que no los vio venir. Las bolsas de aire dentro del auto de Najjar explotaron con el impacto y les salvaron la vida, pero llenaron el auto de humo y de gases. Sin embargo, la de ellos no fue la única colisión. En menos de seis segundos, David había ocasionado una colisión múltiple de diecisiete autos en el Bulevar Azizi, paralizando el tránsito en todas las direcciones.

David se quitó el cinturón rápidamente.

—¿Está bien? —preguntó.

—¿Todavía estamos vivos?

—Sí —dijo David y examinó a su nuevo amigo para ver si tenía alguna herida seria—. Lo logramos.

—¿Está loco?

—Necesitábamos una distracción.

David no pudo salir por la puerta del conductor. Se había dañado mucho. Por lo que trepó al asiento de atrás, que estaba lleno de fragmentos de vidrio roto, y de una patada abrió la puerta del pasajero de atrás. Salió de un salto del auto y examinó la escena. Era un lío tremendo en ambas direcciones.

El auto del policía era un montón de escombros que ardían. La gasolina goteaba por todos lados. David temía que una sola chispa pudiera hacer estallar todo el asunto hacia arriba. Adentro, el oficial solitario estaba inconsciente.

Usando todas sus fuerzas, David abrió la puerta del conductor y examinó el pulso del hombre. Afortunadamente, todavía estaba vivo, pero tenía un feo corte en la frente y su rostro estaba cubierto de sangre. David se metió en el bolsillo el revólver calibre .38 del oficial y una radio portátil. Entonces sacó al oficial de los escombros, dejándolo en la acera a una buena distancia.

David regresó cojeando al auto de Najjar, y se dio cuenta de que se había golpeado su rodilla derecha peor de lo que había creído. Miró

hacia abajo y observó que sus pantalones estaban rasgados y que le salía sangre de la rodilla.

—¿Está listo para moverse? —preguntó David, acercándose hacia el lado del pasajero.

—Creo que sí —dijo Najjar, con sus brazos ocupados con la computadora portátil y los accesorios.

—Bien. Sígame.

Caminaron hacia el norte, como unos cien metros, antes de que David se volteara, sacara el revólver calibre .38, apuntara hacia el tanque de gas del Fiat retorcido de Najjar y tirara del gatillo. El auto explotó en una masiva bola de fuego, que no solamente arrasó el vehículo, sino también todos los rastros de sus huellas digitales y ADN.

—¿Por qué hizo eso? —preguntó Najjar atónito, protegiéndose los ojos del intenso calor de las llamas.

David sonrió.

—Prevención.



David caminó hacia el norte, por el centro del Bulevar Azizi.

Mientras Najjar lo seguía de cerca, cojeaba mientras pasaban por autos destrozados y automovilistas perturbados, obsesionados con el fuego y el humo. Sujetó la radio del policía a su cinturón y se colocó el audífono. Entonces su teléfono vibró. Era un mensaje de texto de su colega de la CIA, Eva Fischer, diciéndole que llamara a su jefe, Jack Zalinsky, en la forma segura. Lo hizo inmediatamente, pero fue Eva la que en realidad levantó el teléfono.

—¿Te has vuelto loco? Todo el centro de Operaciones Globales están viéndote por un satélite Keyhole. ¿Qué estás haciendo?

La conversación en la radio de la policía se intensificó de repente.

—En realidad no puedo hablar ahora —dijo David—. ¿Necesitas algo?

—Te encontré un avión —dijo—. Estará en Karaj esta noche.

De repente unos disparos sonaron e hicieron pedazos un parabrisas al lado de ellos. Instintivamente, David se lanzó al suelo y

jaló a Najjar junto con él, entre un Peugeot y un Chevy, dejando caer su teléfono al hacerlo. La gente comenzó a gritar y a correr para protegerse. Pudo escuchar a Eva que gritaba: “¿Qué es eso? ¿Qué está pasando?” pero él no tuvo tiempo de responder. Tomó el teléfono y lo metió en su bolsillo. Le ordenó a Najjar que se quedara en el suelo, sacó el revólver y trató de obtener un ángulo de la persona que les estuviera disparando.

Se oyeron dos disparos más, que destrozaron el parabrisas del Peugeot. David se volvió a lanzar al suelo y se cubrió la cabeza para protegerse de los vidrios que volaban. Pudo ver por debajo de los autos que alguien se dirigía hacia él. Se levantó y echó un vistazo. Otro disparo le pasó zumbando y penetró en la puerta del Chevy.

Exactamente enfrente, tal vez a nueve metros de distancia, había un camión de basura. David volvió a revisar para asegurarse de que Najjar estuviera bien, luego corrió hacia la parte posterior del camión. Su movimiento atrajo más fuego. Pero también le dio la oportunidad de ver quién estaba disparando. La chaqueta y gorro azules fueron reveladores. Era un oficial de policía de la ciudad de Teherán.

Entonces la voz del oficial hizo ruido en la radio.

—*Base, esta es la Unidad 116. Estoy en el lugar de la colisión. Un oficial herido con múltiples lesiones. Testigos dicen que alguien se robó el revólver de servicio del oficial. Actualmente estoy persiguiendo a dos sospechosos a pie. Se han hecho disparos. Pido apoyo inmediato.*

—Unidad 116, esta es la Base, entendido. Apoyo en camino. Espere.

Esto no era bueno. David gateó a un lado del camión de basura esperando flanquear al oficial por la derecha, luego se detuvo, cuando oyó el ruido de vidrio que era triturado a unos metros de distancia.

David trató de controlar su respiración y cuidadosamente eligió su próximo movimiento, mientras los pasos se acercaban cada vez más. Podía escuchar más sirenas que se acercaban rápidamente. Ya no tenía tiempo. Dio tres pasos y giró cerca del frente del camión, apuntó con el .38 y se preparó para jalar del gatillo. Pero no era el oficial. Era una niña, de no más de seis años, que temblaba y estaba asustada.

¿Cómo llegó aquí? ¿Dónde está su madre?

Se oyeron otros tres disparos. David se lanzó al suelo y cubrió a la niña con su cuerpo. Se quitó su chaqueta y la envolvió en ella, luego se volvió a acuclillar y trató de volver a tener al oficial en la mira.

Pero ahora había dos.

David tenía una buena oportunidad con uno de ellos, pero no se atrevía a disparar encima de la niña. Por lo que se lanzó a la derecha, cojeando hacia un sedán azul que estaba adelante. Una vez más, disparos brotaron violentamente a su alrededor. David apenas pudo ponerse a salvo detrás del sedán. Apretó los dientes y contuvo la respiración, entonces sacó otra vez la cabeza para evaluar la situación. Uno de los oficiales estaba corriendo directamente hacia David, mientras el otro comenzó a correr hacia Najjar. David no vaciló. Levantó el revólver y disparó dos veces. El hombre cayó al suelo a no más de cinco metros de la posición de David.

David no tenía tiempo que perder. La adrenalina corría por su sistema y se abrió camino hacia el primer oficial, le quitó el revólver de la mano y corrió hacia el segundo. Se impulsó a toda prisa por el laberinto de autos, se acercó al camión de basura y se detuvo rápidamente para ver por un costado. El segundo oficial lo estaba esperando y disparó un tiro. David se hizo hacia atrás, esperó un segundo, luego miró otra vez y disparó.

El hombre disparó tres veces más. David se lanzó detrás del Chevy y luego se tiró al suelo y disparó por debajo del auto, a los pies del oficial. Uno de los disparos le dio directamente. El hombre cayó al suelo, gimiendo de dolor. David podía oír que pedía ayuda por radio y que daba la descripción física de David a sus superiores. Entonces, antes de que David se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, el oficial gateó por el frente del Chevy, le apuntó a David en el pecho y volvió a disparar. Instintivamente David se inclinó a la derecha, pero el disparo le pasó rozando el brazo izquierdo. Se enderezó, apuntó y disparó dos balas más a la cabeza del oficial, matándolo instantáneamente.

El teléfono celular de David sonó, pero lo ignoró. Tenían que salir de allí. No podían dejarse capturar. Pero no podía encontrar a Najjar en ninguna parte.

El teléfono volvió a sonar, pero él volvió a ignorarlo. Frenético, David buscó a Najjar adentro, atrás y alrededor de un auto tras otro. Ahora su teléfono vibró. Furioso, revisó el mensaje de texto y encontró este mensaje de Eva: 3er edfc drch.

De repente David lo entendió. Miró al cielo, agradecido por Eva y su equipo que le cuidaban la espalda desde arriba, a 320 kilómetros de distancia. Se abrió camino en la calle, hacia el tercer edificio de departamentos a la derecha. Con el revólver en la mano, lentamente avanzó hacia la entrada.

David echó un vistazo en el vestíbulo.

Najjar estaba allí, pero no estaba solo. En el piso de mármol, al lado de él estaban la computadora y los accesorios. Y en los brazos de Najjar estaba la niña de seis años de la calle. Él trataba de mantenerla con calor y le decía que todo saldría bien.

David comenzó a respirar otra vez.

—¿No le dije que no se moviera?

—No quería que le diera un disparo —dijo Najjar.

David limpió la sangre de su boca.

—Tenemos que irnos.



En el refugio, David vendó las heridas de Najjar.

Najjar comió un poco y se durmió profundamente. David le quitó el seguro a una caja fuerte llena de equipos de comunicaciones y cargó todo lo de la computadora portátil del doctor Saddaji, lo del disco duro externo y lo de los DVD-ROM y lo envió a Langley, con copias codificadas para Zalinsky y Fischer. Luego tecleó su reporte de todo lo que había pasado hasta entonces y envió ese archivo codificado por correo electrónico a Zalinsky y también a Fischer.

A las seis de la mañana siguiente, recibieron noticias de que el avión había llegado. David despertó a Najjar, metió el equipo de computación en una mochila de lona y llevó la bolsa y a Najjar al garaje de abajo. Diez minutos después, llegaron a la orilla del aeropuerto privado.

David señaló el avión de negocios Falcon 200 en el asfalto.

—Allí está su transporte —dijo.

—¿Y usted? —preguntó Najjar—. También viene, ¿verdad?

—No.

—Pero si averiguan que usted está conectado conmigo, lo matarán.

—Por eso es que tengo que quedarme.

Najjar estrechó la mano de David y la sostuvo por un momento, luego salió del auto, con la mochila en la mano, y corrió hacia el avión. David lo vio irse. Deseaba poder quedarse y ver el avión despegar mientras el sol salía brillante. Pero no podía permitirse el riesgo. Tenía que deshacerse del Renault que estaba conduciendo, robarse otro auto y volver a Teherán.

★ ★ ★ ★ ★

**DOMINGO,
6 DE MARZO**

(HORA DE IRÁN)



1

ISLAMABAD, PAQUISTÁN

“He venido para restablecer el califato.”

En cualquier otra época de la historia, esa declaración solo podría haber salido de la boca de un lunático, pero Muhammad Ibn Hasan Ibn Ali lo dijo con tanta naturalidad y con tanta autoridad que Iskander Farooq no pudo desafiar el concepto.

“He venido a dar paz y justicia, y a gobernar la tierra con vara de hierro,” continuó. “Por eso es que Alá me envió. Él recompensará a los que se sometan y castigará a los que se resistan. Así que no se equivoque, Iskander; al final, toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que yo soy el Señor de la Época.”

La recepción por satélite era nítida. Iskander Farooq pensó que la voz del Prometido —el Duodécimo Imán, o Mahdi— era tranquila, y sus declaraciones incontrovertibles, mientras presionaba el teléfono a su oído y caminaba de un lado a otro a lo largo de la terraza de su palacio que daba al noreste de Islamabad. Sabía lo que el Mahdi quería, pero cada molécula de su cuerpo le advertía que no cediera ante sus demandas. No se presentaban como exigencias, claro, pero eran eso precisamente . . . y aunque el Mahdi lo hacía sonar todo como sabio y razonable, Farooq percibía un aire de amenaza en el tono de su voz y eso lo hacía sentirse aún más receloso.

El aire de las primeras horas de la mañana era inusual y amargamente frío. El sol no se había elevado todavía sobre los pinos y las moreras de papel de las colinas de Margalla, pero Farooq ya podía oír los cantos de las masas a menos de una cuadra de distancia. “*¡Alaben al Imán al-Mahdi!*,” gritaban una y otra vez. “*¡Alaben al Imán al-Mahdi!*”

Una mera cien tanques y mil hombres, soldados y fuerzas especiales de la policía, protegían ahora el palacio. Solamente ellos evitaban que la multitud —se calculaba que eran más de un cuarto de millón de paquistaníes— asaltara las rejas y tomara el control. No obstante, ¿qué tan leales eran? Si el número de manifestantes se duplicaba, triplicaba o algo peor al amanecer o a la hora del almuerzo, ¿por cuánto tiempo más podría resistir? Farooq sabía que tenía que tomar una decisión rápidamente, pero el riesgo no podía ser mayor.

“¿Qué me dice?” preguntó el Mahdi. “Me debe una respuesta.”

Iskander Farooq no tenía idea de qué responder. Como presidente de la República Islámica de Paquistán, el ex ingeniero químico de cincuenta y seis años estaba horrorizado de que Teherán, repentinamente, se hubiera convertido en la sede de un nuevo califato. Aunque el Mahdi no había declarado formalmente a la capital iraní como el epicentro del nuevo reino islámico, cada musulmán alrededor del mundo con seguridad sospechaba que este anuncio llegaría pronto. Farooq lo sospechaba, y esto lo enfurecía. Ni él, ni su padre, ni el padre de su padre habían confiado jamás en los iraníes. El imperio persa había gobernado a sus antepasados, extendiéndose en su cumbre desde la India en el este, hasta Sudán y Etiopía en el oeste. Ahora los persas querían subyugarlos una vez más.

Era cierto que el sha de Irán había sido el primer líder mundial en reconocer formalmente el estado independiente de Paquistán tras su declaración de independencia en 1947, pero había sido un breve período de amistad. Después de que el Ayatolá Ruhollah Jomeini accedió al poder en 1979, las tensiones entre los dos estados habían aumentado. Jomeini había fomentado una revolución islámica totalmente chiíta, y no les había sentado bien a los paquistaníes. Ni Farooq, ni sus asesores más cercanos, ni alguien que él hubiera conocido al crecer, había creído jamás que el Duodécimo Imán vendría a la tierra algún día, o que esa figura fuera realmente el mesías islámico, o que marcaría el fin del tiempo; muchísimo menos que los sunitas terminarían uniéndose a un califato dirigido por él. Todos los maestros de Farooq se habían burlado y habían ridiculizado esas

ideas, considerándolas herejía de los chiítas, y Farooq rara vez había pensado en el asunto.

¿Qué debía creer ahora? El Duodécimo Imán ya no era una fábula ni un mito, como Santa Claus para los paganos y cristianos, o como el ratón de los dientes para los niños de todas partes. Ahora el Mahdi —o alguien que afirmaba ser el Mahdi— estaba aquí en el planeta. Ahora el así llamado Prometido estaba cautivando al mundo islámico, electrificando a las masas e instigando insurrecciones en dondequiera que se oyera su voz.

Más aún, este “Mahdi” estaba ahora al otro extremo de esta llamada telefónica por satélite, pidiendo —o más exactamente, *insistiendo*— en el vasallaje de Farooq y de toda su nación.



SYRACUSE, NUEVA YORK

David Shirazi enfrentaba la decisión más difícil de su vida.

Por un lado, a pesar de tener solo veinticinco años, era uno de apenas un puñado de ASE —agentes secretos extraoficiales— de la Agencia Central de Inteligencia que tenía ascendencia iraní. Hablaba el persa con fluidez y había demostrado que podía funcionar efectiva y discretamente dentro de la República Islámica. Por lo tanto, no tenía dudas de que estaba a punto de que le ordenaran regresar a Irán dentro de las próximas cuarenta y ocho a setenta y dos horas, dada la rapidez con que se estaban desarrollando las cosas.

Por otro lado, David simplemente no estaba convencido de que la administración estadounidense estuviera determinada a evitar que Irán construyera un arsenal de armas nucleares, ni a evitar que el Duodécimo Imán las usara. En su opinión, el presidente William Jackson era un novato en la política exterior.

Sí, Jackson había vivido en el mundo musulmán. Sí, había estudiado y viajado extensamente en el mundo musulmán. Sí, Jackson creía que era un experto en el islamismo, pero David podía ver que el hombre se había metido en camisa de once varas. A pesar de que las evidencias concretas a través de los años mostraban lo contrario,

Jackson todavía creía que podía negociar con Teherán, así como Estados Unidos lo había hecho por décadas con el imperio soviético equipado con armas nucleares. Todavía creía que las sanciones económicas podrían ser efectivas. Todavía creía que Estados Unidos podría contener o disuadir a un Irán nuclear. Sin embargo, el presidente estaba completamente equivocado.

La verdad era escalofriante. David sabía que Irán estaba siendo gobernado por una secta apocalíptica y genocida. Creían que el fin del mundo estaba cerca. Creían que su mesías islámico había llegado. Creían que Israel era el Pequeño Satanás, que Estados Unidos era el Gran Satanás y que ambos tenían que ser aniquilados para que el Duodécimo Imán construyera su califato. David lo había investigado. Había conocido y había entrevistado al erudito iraní más respetado en la escatología chiíta islámica. Había leído los libros más importantes sobre el tema, escritos por mulás chiítas. Había encontrado al científico nuclear más importante de Irán y lo había sacado del país junto con su familia. Había documentado todo lo que había visto, oído y aprendido en memos detallados a sus superiores de Langley. Había argumentado que estaban subestimando gravemente la influencia que la teología chiíta del fin del tiempo estaba teniendo en el régimen.

Sabía que por lo menos algo de su trabajo había llegado al Despacho Oval. ¿Por qué otra razón se le pedía que fuera a Washington para una reunión con el presidente Jackson mañana al mediodía? Sin embargo, no estaba convencido de haberse hecho comprender. ¿Por qué tenía que arriesgar su vida y regresar a Irán si sus superiores no entendían la gravedad de la situación y no estaban dispuestos a tomar medidas decisivas para neutralizar la amenaza iraní, antes de que fuera demasiado tarde?



ISLAMABAD, PAQUISTÁN

“Aprecio su amable invitación,” respondió Farooq.

Tratando de no parecer que estuviera andando con rodeos para ganar tiempo, aunque eso era precisamente lo que estaba haciendo,

agregó: “Espero discutir el asunto con mi gabinete hoy más tarde y luego con todo el parlamento durante la semana.”

Los acontecimientos transcurrían demasiado rápido para su gusto. Alguien tenía que arrastrar los pies y desacelerar las cosas. Para conmoción de Farooq, había visto cómo su querido amigo Abdullah Mohammad Jeddawi, rey de Arabia Saudita, había caído postrado ante el Duodécimo Imán en la televisión a nivel mundial y luego públicamente había anunciado que el reino saudita se unía al nuevo califato. Peor aún, Jeddawi había ofrecido incluso las ciudades de la Meca o Medina para que fueran la sede del poder para el nuevo reino islámico, si el Mahdi consideraba aceptable a cualquiera de ellas. ¿Cómo era esto posible? A pesar de su puesto divinamente asignado de comandante de los fieles y guardián de los lugares santos, Jeddawi —un devoto musulmán sunita— no se había resistido al Mahdi chiíta; no había vacilado ni había protestado en absoluto. Farooq no podía imaginar un momento más deshonroso, pero el daño ya estaba hecho y, desde entonces, las fichas del dominó habían seguido cayendo, una tras otra.

El primer ministro de Yemén, un hombre bueno y decente a quien Farooq había conocido desde la niñez, había llamado al Mahdi la noche anterior para decirle que su país se uniría al califato, según un reporte de Al Jazeera. A estas horas, el servicio de noticias vía satélite con base en el Golfo reportaba que Qatar también se había unido, un cambio dramático en apenas veinticuatro horas. Lo mismo Somalia y Sudán. Argelia ya lo estaba. El nuevo gobierno de Túnez había dicho que estaban “considerando activamente” la invitación del Mahdi de unirse al califato. Así también el rey de Marruecos. El gobierno del Líbano, dominado por chiítas y controlado por Hezbolá, no había hecho ningún anuncio formal, pero estaba reunido en una sesión de emergencia en ese mismo momento. El parlamento de Turquía y el primer ministro se reunirían al día siguiente para discutir la invitación del Mahdi.

A su favor, había que decir que los egipcios bajo el presidente Abdel Ramzy se estaban resistiendo. También los iraqués y el rey sunita de Bahreín. Estas eran buenas señales, pero Farooq no estaba

convencido de que fueran lo suficientemente buenas. El presidente sirio, Gamal Mustafa, estaba silencioso en Damasco hasta ahora, pero Farooq no dudó de que él, también, cedería pronto.

—¿Hay alguna razón para esta indecisión que percibo en usted? —preguntó el Mahdi.

Farooq hizo una pausa y pensó sus palabras cuidadosamente.

—Tal vez solamente es que esto ha ocurrido tan de repente y yo no lo conozco, no sé de sus intenciones, no he discutido su visión para nuestra región ni la función que usted considera que Paquistán llevará a cabo.

—La historia es un río, hijo mío, y la corriente se mueve rápidamente.

—Razón de más por la que deberíamos ser cautelosos —respondió Farooq—, para no ser arrastrados por los acontecimientos fuera de nuestro control.

—¿Tiene alguna petición para mí? —preguntó el Mahdi—. Si es así, hágala ahora mismo.

Farooq batallaba para encontrar las palabras correctas. No tenía ganas de reunirse con este pretendiente al trono. Tenía cosas más importantes que hacer que perder su valioso tiempo con un hombre tan claramente consumido por la arrogancia y la ambición ciegas. No obstante, Farooq sabía muy bien que ahora estaba andando en un campo minado y que tenía que ser juicioso a cada paso.

Miró a través de la ciudad y se maravilló con el majestuoso edificio del parlamento a su derecha y con la decorada arquitectura islámica de las instalaciones de la corte suprema a su izquierda. Ambos eran recordatorios tangibles de la gran civilización que él ahora presidía. No se atrevía a apostar con la soberanía de su nación, mucho menos con la dignidad y el honor de su pueblo. Sentía una enorme carga sobre sus hombros. Gobernaba a más de 185 millones de musulmanes. Muy pocos de ellos eran chiítas, como el Mahdi que lo había despertado de su letargo a esta hora intempestiva. La gran mayoría de ellos era sunita, como él. Muchos eran devotos. Algunos apasionados. Algunos fanáticos. Una semana atrás, Farooq jamás habría imaginado que alguno de ellos adoptaría las enseñanzas acerca del Mahdi,

mucho menos que saldría a las calles a exigir que Paquistán se uniera al califato con el Duodécimo Imán como líder. Sin embargo, la gente estaba ahora en movimiento.

De Karachi al Cairo y a Casablanca, millones de musulmanes —chiítas y sunitas por igual— estaban en las calles exigiendo cambio, exigiendo la caída inmediata de los “regímenes apóstatas” como el suyo, exigiendo que la *umma*, la comunidad de musulmanes alrededor del mundo, uniera fuerzas para crear un nuevo reino unido y sin fronteras, un nuevo califato que se extendería desde Paquistán hasta Marruecos.

Eso era solo el comienzo. Las masas querían lo que el Duodécimo Imán estaba predicando: un califato global en el que cada hombre, mujer y niño de la faz del planeta se convirtiera al islam o pereciera en un día de juicio.

Farooq lo consideraba una locura. Una locura total, pero no se atrevía a decirlo. Todavía no. Sabía que hacerlo sería un suicidio político. Abdel Ramzy podía desafiar públicamente al Mahdi desde su posición privilegiada en la ribera del Nilo, con el respaldo de todo ese dinero y armas de Estados Unidos. No obstante, una palabra en público del Mahdi de que estaba inconforme con el “infidel de Islamabad” y Farooq sabía que tendría una revolución descomunal y sangrienta entre sus manos. Las masas de manifestantes —notablemente pacíficas en sus primeras veinticuatro horas— muy bien podrían ponerse violentas. Lo había visto antes. Él había sido parte de esas multitudes antes, en su juventud. Si eso ocurría, genuinamente dudaba de que el ejército permanecería a su lado, y entonces ¿qué?

—Aprecio mucho su llamada, Su Excelencia —dijo Farooq al Mahdi—. Tengo unas cuantas preguntas más, que preferiría no discutir por teléfono. ¿Sería posible que nos reuniéramos? ¿Sería eso aceptable para usted?

—Tiene que ser pronto. Organice los detalles con Javad.

—Muy bien, Su Excelencia —dijo Farooq antes de que lo pusieran en espera.

Mientras esperaba que Javad Nouri, el asistente personal del Mahdi, se pusiera en la línea, Farooq trató de no pensar en las

consecuencias de ser destituido de su cargo y de que su nación descendiera a la anarquía. Si no aguardaba el momento oportuno y si no planificaba sus pasos muy cuidadosamente, este autonombado Duodécimo Imán pronto obtendría el control de su amado Paquistán, y con él, el control de 172 ojivas nucleares —el arsenal total de la nación— y de los misiles balísticos para lanzarlas.